

HISTORIA DEL COLEGIO DE MÉDICOS DE MADRID

La pérdida de Agustín Albarracín fue, para la historia de la medicina y para quienes lo conocimos y aprendimos de él, profundamente dolorosa. Digo profundamente porque, como él mismo, sencillo y directo, fue algo íntimo, sin manifestaciones externas, sin aparentemente notarlo. Agustín fue un maestro y un excelente escritor, un gran investigador y una excelente persona. No se puede decir más.

Poco antes de su muerte se presentó en el Colegio de Médicos de Madrid un extenso e interesante estudio sobre ese mismo Colegio, que realizó, como siempre, con seriedad y precisión, con un exhaustivo estudio de la documentación y que desarrolló con sus buenas cualidades de escritor. Me pidió que hiciera una reseña de su libro y así lo hice. Presento ahora esa lectura como un homenaje a su autor, con todo mi aprecio y mi cariño.

La historia del Colegio Médico de Madrid, una institución que, a lo largo de, esencialmente, el siglo XX, intentó agrupar a uno de los colectivos más significativos de la sociedad española, debe tenerse en cuenta si queremos profundizar y comprender mejor la historia socio-política de nuestro país. Y digo que los médicos fueron un grupo o «clase» como ellos mismos —debería decir nosotros mismos— se han llamado, muy importante, no sólo en nuestro país, sino en todas las sociedades, con distinto significado según la cosmovisión de cada cultura. Pero además, a lo largo de los siglos XIX y XX, en los países occidentales se produjo un fenómeno de desarrollo socioeconómico que produjo, además de enriquecimiento y grandes cambios tecnológicos como el ferrocarril, el coche, el cine, etc. etc., también procesos de proletarianización y pauperización, una huida del campo hacia la ciudad que llevó al hacinamiento en las ciudades, a la falta de higiene y a la mala alimentación, a epidemias y fenómenos como el alcoholismo, la expansión de la sífilis y de la tuberculosis. El siglo XIX fue el siglo de la novela naturalista, de la novela de quienes se conmovían ante la realidad social, de la novela de escritores como Emilio Zola y Víctor Hugo, Emilia Pardo Bazán y Benito Pérez Galdós, o de Charles Dickens. Fue la época del «Fin de Siglo» de Max Nordau, y del auge del concepto de «degeneración» lanzado por Morel y con amplia difusión a lo largo y ancho de Europa. El problema se prolongó durante la primera mitad del siglo XX y se buscó la «regeneración» desde muchos ámbitos de la vida

nacional. Pero, indudablemente, en el centro del problema estaban los médicos, una profesión en alza a lo largo de ambos siglos. Una profesión, en general, de individuos pertenecientes a las llamadas clases medias, una profesión con creciente poder social e influencia política, pero también con grandes problemas para conseguir obtener el reconocimiento que consideraban se les debía y que continuamente tuvieron que luchar, incluso para conseguir una remuneración digna. Toda la complejidad de este desarrollo de la profesión puede vislumbrarse en el estudio de la historia del Colegio Oficial de Médicos de Madrid.



Es interesante comprender, a través de este minucioso relato que nos presenta el Profesor Albarracín, las complejidades de la creación y desarrollo de una corporación que intenta constituirse para organizar, regular y reglamentar a los médicos, por un lado, para defender sus intereses, por otro, pero también para ejercer un control político de tan importante estamento social, como puede verse en las diferentes circunstancias políticas en que vivió. Se puede comprobar,

gracias a la cuidadosa reconstrucción que realiza el autor por medio de actas, otros documentos y periódicos, las luchas de diversos puntos de vista frente a problemas comunes, e, incluso, la existencia de intereses diferentes, quizás por concepciones distintas de los fines del Colegio.

Podemos contemplar, en estas páginas, la variedad de problemas con los que debió enfrentarse el Colegio, desde la situación económica y social del médico, y su poder frente a esa sociedad, hasta las cuestiones de la propia economía, el local donde residir, el personal administrativo y el conserje, etc., pasando por los problemas de los médicos, el pago de patentes, el transporte, el Seguro Médico, el de establecer un Asilo de Huérfanos de Médicos, etc.

El libro se compone de 39 capítulos y un epílogo. Comienza con un capítulo de antecedentes, algo obligado cuando uno quiere comprender adecuadamente un proceso de institucionalización. Dedicamos dos capítulos a los últimos años del siglo XIX, desde la fundación del Colegio y su definitivo establecimiento por Real Decreto de 12 de abril de 1898. Sobre las luchas inmediatas en torno a los estatutos y la cacicada del Dr. Calleja, transcribe las cartas y documentos de los críticos y pone en evidencia la lucha por el poder en una institución que se preveía de singular importancia.

Hubo algunos problemas clave que fueron surgiendo repetidamente a lo largo del tiempo. Debemos decir que sorprende constatar que todos tardaron años en resolverse. Uno de los primeros y más acuciantes era decidir si la colegiación debía ser voluntaria u obligatoria. Pensemos que el Colegio era una iniciativa privada. En un principio el propio Colegio —con el poderoso y longevo Dr. José María Cortezo a la cabeza— defendía la colegiación voluntaria. Pero había que luchar contra el intrusismo, realmente una plaga difícil de extinguir mientras no hubiera una medicina popular del Estado, correctamente pagada y reglamentada pero asequible a las grandes masas de pobres.

Había, pues, que controlar a los médicos en su titulación, su pago de impuestos, sus derechos a cobrar dignamente, a vivienda, transporte, Seguro de Enfermedad, cuidado de sus huérfanos. Por otra parte, había que enfrentar múltiples problemas de la organización en sí para recaudar dinero y para prestar los servicios que se fueran considerando necesarios. Las frecuentes y a veces interminables luchas por el Reglamento implicaban muchas cosas: poder imponer sanciones si no se cumplía con ciertos requisitos, controlar la actividad profesional en las variadas instituciones existentes, religiosas, privadas —las famosas y denostadas sociedades médicas de todo tipo—, las igualas, etc. Había que regular derechos y competencias, intervenir entre médicos en pugna, establecer relaciones con la administración.

Por otra parte, la cuestión de poder encontrar, y, fundamentalmente, financiar y mantener un local adecuado fue una preocupación constante desde el comienzo de la fundación del Colegio Médico. Hubo momentos de casi delirio, queriendo organizar un «Palacio de la salud». Pero las finanzas, casi siempre en mala situación, del Colegio, no permitían esas alegrías. El Colegio pasó por la Gran Vía, por la calle Esparteros, donde se asentó durante bastantes años, y por fin, la situación que parece ideal y definitiva, la antigua Facultad de San Carlos, a la que llegó en años relativamente recientes.

Otros puntos de interés que se intentaron desarrollar casi desde el comienzo fueron la Biblioteca —cuya dirección asumió en un comienzo el Dr. César Juarros— y el *Boletín*, que se quería órgano informativo del Colegio. Siempre funcionó, como dice Albarracín, a «trancas y barrancas», con muchos amigos pero también enemigos, por ejemplo los médicos editores de otros medios médicos de prensa. El Colegio quiso acoger, y acogió, a muchas de las Sociedades Médicas, de Higiene, Ginecología, etc., y en algún momento comenzó, además, a organizar cursos y conferencias. Es necesario insistir que en el Colegio se tuvo que debatir importantes Estatutos y Reglamentos, con una situación de la profesión médica caótica, con, en principio dos grandes grupos de profesionales, rurales y urbanos. Esto ya marcaba una enorme diferencia, pues los rurales estaban a merced del pago —o no pago— de los Ayuntamientos y, generalmente, en manos de los caudillos de turno, situación que se prolongó, posiblemente, hasta los años sesenta. Por otra parte, como decíamos más arriba, los médicos podían trabajar en multiplicidad de instituciones dependientes del Estado, de la Beneficencia general, provincial, municipal, privada, en instituciones religiosas varias y en las llamadas Sociedades Benéficas. Consideradas una verdadera lacra, no solo explotaban a los médicos, sino que ofrecían una pésima medicina.

Agustín Albarracín nos hace vivir todas las etapas históricas transcurridas desde la fundación del Colegio y cómo las circunstancias sociales y políticas influyeron en esa marcha. Hubo, evidentemente, en la historia de España y en la del colegio momentos especialmente críticos. Las crisis internas y los problemas de desarrollo del Colegio hasta 1917, por ejemplo, fueron las típicas de establecer una organización de estas características, de lucha económica y de lucha por el poder, en general entre grupos más tradicionales y conservadores, tanto en política como en ideas con respecto a la profesión, y un grupo de gente más joven, dinámica y moderna que podríamos representar en personajes como Sanchís Banús, Marañón o Juarros. Uno de los temas candentes fue el de la colegiación, que se convistió en obligatoria por una Real Orden en que se regulaba la situación del Colegio, haciéndolo oficial, dictada en 1918. Como dice Albarracín, «Y

la Colegiación se hace así, cuando nadie lo esperaba, obligatoria. Los Colegios entran entonces dentro de la Sanidad del Estado. Es indudable que el poder político estaba interesado en el Colegio médico y, posiblemente, alguna de las poderosas figuras de la medicina, Cortezo, Pulido o algún otro, empleaban su influencia en legalizar y poner al servicio de la Sanidad del Estado al Colegio».

Como la situación general del país fue, a partir de 1917, muy caótica, con huelgas y movimientos varios de rebelión, muchos integrantes de las clases medias y de los sectores profesionales e intelectuales pensaron que la Dictadura de Primo de Rivera, establecida en 1923, sería útil y abrigaron la esperanza de que se impusiera algo de orden y de que ellos intervinieran en ese orden y, también, en desarrollar, bajo su amparo, las ideas de la modernidad, de la ciencia y el conocimiento. Pero la Dictadura, aunque período rico en ideas y de continuas agitaciones y movimientos de los sectores, justamente, estudiantiles, profesionales e intelectuales, no satisfizo a nadie. En el Colegio médico se aprecian luchas internas, pero también el surgimiento de nuevas organizaciones que quieren escapar a su poder, ahora grande, y defender intereses que médicos como los titulares —rurales— sienten que no son realmente preocupación del Colegio. Surgen así las Federaciones provinciales, los Sindicatos, etc., si bien esas organizaciones no tienen verdadero poder. Pero ante el caos y la intransigencia de los poderosos se buscan defensas. Los médicos rurales se asocian en las Federaciones Sanitarias. La de la provincia de Madrid tuvo su periódico, *Federación Sanitaria* y una entusiasta actividad. Blanc Fortacín, Martín Cirajas —figuras siempre ligadas al Colegio de Médicos de Madrid como presidente y como miembro de la directiva respectivamente— y José Alberto Palanca, —Inspector provincial de Sanidad de Madrid en esos años, después Director General de Sanidad— fueron algunas de sus figuras importantes. Esta creación de otras organizaciones demuestra, posiblemente, la incapacidad del Colegio para luchar por los intereses de ciertos colectivos, en este caso el rural, que realmente tenía un durísima problemática, económica, de medios, de puesta al día, de transporte, que se ha mantenido hasta tiempos muy recientes.

Seguía vigente el problema de las múltiples sociedades médicas. Para su control se establece durante la Dictadura la Comisaría Sanitaria que pretende fijar en un Reglamento los servicios que deben prestar las sociedades y el material sanitario para servirlo, la cuota mínima que deben cobrar, los honorarios mínimos de los médicos y el número máximo de familias asignables a cada uno. Nos dice el autor que en ese momento existían en Madrid más de 100 Sociedades que tenían adscritas 100.000 familias, con 500 médicos generales y 200 de especialidades.

En estos años el colegio consigue, por fin, un local que parece responder a las necesidades del momento, en la calle de Esparteros.

Pero la situación de la práctica de la medicina era realmente confusa. *El Siglo Médico* llama la atención sobre la heterogénea y múltiple procedencia de los elementos profesionales médicos, representados por Claustros, Cuerpos de Beneficencia General, provincial y municipal, Academias y Sociedades Benéficas, además de la masa libre de la clase médica, las más de las veces ahogada, en las votaciones, por los intereses particulares de los Cuerpos de diferente significación, que acuden a ella con más disciplina y calor que los demás, a constituir la representación única de los Colegios. A finales de la Dictadura de Primo se intenta, con unos nuevos Estatutos, ordenar un poco el caos y organizar la colegiación, determinando un procedimiento que permita a los Colegios imponer «algunas sanciones disciplinarias precisas para mantener entre algunos profesionales el tono moral conveniente a los altos prestigios de la profesión médica». Los Estatutos aprobados en 27 de enero de 1930 (*Gaceta de Madrid*, 7 de febrero) se mantendrán, a pesar de los cambios políticos, hasta 1945. Al día siguiente de la aprobación de los Estatutos dimite Primo de Rivera, queda el General Berenguer encargado de formar nuevo gobierno.

Con el advenimiento de la República observamos algunos cambios que intentan mejorar la organización de los múltiples sectores dedicados a la práctica de la medicina. Se hace una nueva y revolucionaria estructuración de los médicos de Madrid por **zonas** o **sectores** para las elecciones, lo que nos da idea de la enorme cantidad de formas de ejercer la medicina que existían. Se admitieron, para estar representados en el Colegio doce sectores: 1.-Facultad de Medicina, 2.-Beneficencia provincial, 3.-Beneficencia General, 4.-Sanidad Nacional, 5.-Médicos forenses, 6.-Beneficencia particular, 7.-Beneficencia municipal, 8.-Médicos militares y de la armada, 9.-Médicos de compañías industriales y bancos, 10.-Empresas mutuales, 11.-Médicos libres, 12.-Igalatorios.

Por otra parte, nos señala el autor que comienzan a realizarse cambios, ya iniciados durante la Dictadura de Primo, para proveer cargos de una forma más justa, por medio de concursos y oposiciones. Hubo muchas destituciones de altos cargos que sentaron muy mal a gran parte de la clase médica. Caso muy típico fue el del Patronato de la Lucha Antituberculosa, regido desde siempre por aristócratas y médicos afines, que fue disuelto ante grandes protestas. Pero un médico, Valdés Lambea, importante fisiólogo apoyó la acción diciendo, justamente, que era ineficaz por estar lleno de aristócratas intrigantes y profesionales ineptos. Otras destituciones sonadas fueron las de Goyanes como Director del Instituto del Cáncer, Enrique Súñer (tan significado siempre políticamente) como Director del Instituto de Puericultura, etc. Se trataba de eliminar del poder a un sector de médicos que formaban parte de las claves dominantes y más conservadoras, y de abrir el camino a quienes más jóvenes

y progresistas, no sólo política sino científicamente, querían cambiar muchas cosas en el ámbito médico, que se comenzaron a esbozar en la Dictadura y a poner en práctica durante la República. Pero esta duró muy poco, y las posiciones políticas lo invadieron todo. Las posiciones se polarizaron y durante la guerra hubo una organización oficial, ya no Colegio Médico, por un lado, del lado legal de la República, y un comienzo o continuidad del antiguo Colegio del lado de los rebeldes nacionales. Finalizada la guerra nos relata el autor los pasos que siguió la reconstrucción del Colegio y sus actividades, las acciones de depuración de colegiados, con una buena parte de ellos favorablemente depurados —aunque sus antecedentes constaban en su expediente— y algunos severamente juzgados. En enero de 1940, nos dice el autor, el gobernador civil nombra el consejo Directivo del colegio oficial de Médicos de Madrid. Se compone de hombres que han trabajado en la guerra por la victoria de España: «regida por los hombres que, como subraya Mayalde, por encima de todo se amparan en la Guerra, la Victoria, en la Paz, en la Patria y en la voluntad del Caudillo» (p. 435) durante la Dictadura de Franco el Colegio seguirá su vida enfrentando los problemas podríamos decir de siempre y los que surgen de la nueva complejidad de la vida moderna. Finanzas, local, médicos rurales, relaciones con el Seguro de Enfermedad, etc., etc. De tanto en tanto, y hasta los años sesenta seguirá habiendo depuraciones, no sólo de médicos, sino también de matronas. Señala también Albarracín el elevado grado de Nacional-Catolicismo del Colegio de Médicos de Madrid, algo lógico, indudablemente.

En los años sesenta, como en todo el país, comienzan a llegar aires de apertura. aunque todavía hay secuelas de las heridas producidas por la guerra. Un colegiado solicita ser nombrado miembro honorífico por haber cumplido la edad reglamentaria. La Junta lo deniega «en atención a los informes político sociales que le facilita la dirección General de Seguridad». Hasta 1963 no se eliminará la apostilla de «previa depuración provisional». A partir de 1964 el Colegio parece conseguir una situación estable en su funcionamiento y en sus finanzas, y el eterno problema del local comienza a solucionarse cuando se solicita el edificio de la antigua Facultad de Medicina de San Carlos, clausurada a comienzos de 1965. Pasarán todavía muchos años antes de poder disfrutar de tan magnífico sitio, pero indudablemente mereció el esfuerzo hecho.

Para terminar, diré que el libro tiene una presentación de lujo por su papel e impresión, el único inconveniente es que el peso de tan enorme volumen, de más de seiscientas páginas hace difícil su manipulación. Pero lo más importante es, que, como hemos señalado, su contenido está creado por un historiador de la medicina serio, y con experiencia, escrito como sólo él sabe hacerlo, con belle-

za, sin retórica, con fluidez, una de las personas que saben utilizar nuestra lengua de forma elegante, muchas veces con su punto de ironía. Como hemos dicho al comienzo, los avatares del Colegio de Médicos, gracias al buen hacer de historiador de Agustín Albarracín, reflejan magníficamente tanto el proceso, complicado y lleno de altibajos, de la formación, establecimiento y organización de la profesión médica española, como la vida política del país a lo largo de los cien años transcurridos. Hay que hacer hincapié en las abundantes y excelentes notas, muy útiles para un historiador de la medicina, y que muestran un intenso trabajo de archivo, un material gráfico excelente, y unos índices temático, onomástico y fotográfico que dan un valor especial a la obra. Este libro puede leerse, además, con gran placer —si obviamos su peso—, y es una obra de consulta inestimable para cualquier historiador de la medicina que trabaje en el siglo XX. Los índices la convierten en un libro imprescindible.

Raquel ÁLVAREZ